

## 800 años en Adviento

Querido hermano:

Hemos comenzado el Adviento celebrando con nuestras hermanas contemplativas el año jubilar dominicano que conmemora los 800 años desde la fundación de la primera comunidad de monjas en Prulla. Desde Santo Domingo, juntos colaboramos a la misión común de la predicación.

Con cada Adviento, en medio de días de poca luz, nieblas, tormentas, gripes y enfriamientos... empezamos a vislumbrar algún que otro signo de vida y de luz que nos guíe lo suficiente para poder dar algún paso más en nuestro torpe caminar, hasta que podamos contemplar la señal más plena y definitiva de Dios en el nacimiento de su Hijo Jesucristo, luz de los pueblos. El pueblo de Israel vivió su historia como un **largo tiempo de Adviento**, como una continua espera, aguardando la salvación del Señor: pase lo que pase, el pueblo fiel tiene total confianza en Dios que viene a salvar. Y en esta historia se va descubriendo a Dios como quien siempre está viniendo, siempre mayor, que no se puede abarcar ni acaparar ni controlar, más grande de lo que uno pueda imaginarse... El Dios que no se impone sino que se insinúa, nunca con una fuerza mayor que la de la suavidad de un leve suspiro. **Dios es permanente Adviento**, y nuestra vida es ir a su encuentro y **buscarle**, gozando del consuelo de su visita.

La historia de estos **800 años** de vida dominicana contemplativa también ha sido un **largo tiempo de Adviento**. ¡Un convento dominicano siempre está preparando la Navidad! ¡A veces con la emoción y el ajetreo típicos del ambiente prenavideño! Pero no la Navidad de los excesos, el estrés y las compras... sino un corazón pobre y sencillo donde nazca el Dios Amor. La oración, el silencio, el trabajo y la vida común... son la preparación para buscar al Dios que no aparece ni viene en lo espectacular sino que se insinúa en lo pequeño. Y por ello no es extraño que se nos pase inadvertido. Ya el mismo nacimiento del Niño Dios pasó desapercibido para la inmensa mayoría expectante de grandes prodigios divinos, y sólo fue reconocido por el corazón fiel y puro de María, el corazón justo de José, el corazón pobre de unos pastores y aquellos corazones inquietos de unos magos extranjeros.

**Adviento es buscar a Dios donde se insinúa.** La vida contemplativa dominicana de las monjas y también -no lo olvidemos- de los frailes es la entrega a buscar a Dios en medio de una vida sencilla y sincera. Esta búsqueda del paso de Dios es lo esencial de la contemplación, que no consiste en una actividad puntual sino en una actitud, una forma de vida, la de quien busca a Aquel que nos llama a vivir en comunión con Él. Porque creemos que esa comunión es para lo que estamos hechos y lo único que satisface plenamente nuestros deseos, anhelos y búsquedas. Este camino de unión permanente con Dios es lo que va transformando nuestro ser y haciéndolo más sensible y disponible para la comunión con los demás y con sus necesidades. Como me decía Sor Ascensión, la sacristana de la parroquia del Olivar que una vez jubilada se hizo monja dominica: "desde que estoy en el monasterio parece que todos los problemas del mundo me afectan más". Hallar la comunión permanente con Dios es descubrir de un modo nuevo lo que nos une con los demás.

El Adviento es más que buscar los signos y señales del paso de Dios por el mundo: es, sobre todo, **hacerse uno también signo** y señal de la presencia del Dios que viene a salvar. Por eso este tiempo, como todo el año jubilar, es también un **tiempo de purificación**, de afinar el oído y limpiar la mirada, un tiempo de reparación. De ahí la llamada evangélica a “mantenerse en pie”, “tener cuidado” y “estar despiertos”. La vida de las monjas ha querido ser un signo para los cristianos, para la sociedad y para la misma Orden, de que estamos llamados a vivir en unión con Dios. En el fondo, toda forma de vida religiosa tiene un fuerte poder de significar, de llamar poderosamente la atención sobre algo que se puede olvidar: que Dios nos ha hecho para vivir en comunión con Él. Es como si en silencio se dijese: “vamos a ayudar a que lo de Dios no se apague, no se duerma en nuestro mundo”.

Una de las grandes intuiciones de Santo Domingo fue **unir la predicación con la contemplación**, uniéndolos en una misma misión a las monjas y a los frailes, y convirtiéndonos a todos al mismo tiempo en predicadores y contemplativos. La auténtica predicación brota de la escucha de la Palabra, del esfuerzo del estudio por meditarla y comprenderla, de la vida fraterna en la que se acredita. Predicar es hablar, pero no la mera palabrería, sino presentar mediante palabras a la Palabra que es Dios. La contemplación es entrar en el silencio de Dios para que así pueda nacer la Palabra. Como dice Benedicto XVI: “nuestra predicación sólo vale para que pueda escucharse la Palabra, para hacer sitio en el mundo al hablar de Dios”.

¿Qué nos **pueden predicar hoy las monjas** ya muy mermadas en número, mayores y enfermas, en el anonimato y casi escondidas? ¿Pueden enseñarnos algo más que a hacer buenos dulces o mostrar obras de arte en su claustro? El famoso monje y maestro espiritual Thomas Merton decía que **“los monjes y las monjas son como los árboles; mediante su presencia silenciosa purifican la atmósfera”**. Nuestras hermanas contemplativas ponen ante nuestros ojos el propósito último de la existencia humana: vivir la permanente unión con Dios; y nos señalan los medios para alcanzarlo, enseñándonos a purificarnos de tanto ruido externo e interno, del egoísmo y narcisismo, del excesivo protagonismo y de la falta de respeto y consideración hacia los demás. Son como un manantial para que aprendamos a vivir con menos prisas y estrés, fijándonos en el detalle, poniendo más atención en quien tenemos al lado, valorando al otro en su diferencia, sin invadir su espacio, sin anularle con nuestros deseos de ser el centro... De la vida contemplativa nace una nueva mirada: no se ven cosas raras, se ve lo que todos vemos, pero de una forma nueva, más profunda y serena, más bella y más esperanzada.

Se dice que las ciudades les deben mucho a las zonas verdes e incluso que todo el planeta está en deuda con el gran pulmón de la Selva Amazónica. Igualmente el mundo y la Orden Dominicana están **en deuda con las hermanas**. ¡Quizá les debemos mucho más de lo que alcanzamos a imaginar! Como decía aquella monja contemplativa martirizada que fue Edith Stein: “La historia oficial calla acerca de estas fuerzas invisibles e imposibles de medir... Nuestro tiempo se ve obligado, cuando todo lo demás falla, a esperar la última salvación de estos manantiales ocultos”. Acercarse a un monasterio es beber de un manantial limpio de esperanza. Para refrescar nuestra predicación tendremos que beber del manantial de la vida contemplativa.

Unidos a toda la Familia Dominicana, **demostramos gracias a Dios por estos 800 años de Adviento**, de vida contemplativa dominicana en la que han brotado las **actitudes propias de este tiempo de esperanza: la plegaria constante, la alegría serena y la fidelidad al Señor que viene a salvar**. Nadie necesita beber de este manantial más que el predicador, como lo recomienda la tradición de los **Modos de Orar** de Santo Domingo. **¡Feliz año jubilar dominicano!**

Fr. Javier Carballo O.P.  
Prior Provincial